

VINCENZO PAGLIA

**LA PALABRA DE DIOS
CADA DÍA**

2024

COMUNIDAD
DE SANT'EGIDIO
2023

En la portada: *Icono del árbol de la vida*. Comunidad de Sant'Egidio, Roma.
Fotografía: Marco Pavani © Comunità de Sant'Egidio

Traducción de la Comunidad de Sant'Egidio
del original italiano *La Parola di Dio ogni giorno* 2024

© 2023 Edizioni San Paolo, s.r.l.
Piazza Soncino 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) - Italia
www.edizionisanpaolo.it

© de la edición en castellano: Comunidad de Sant'Egidio

Ediciones Sígueme S.A.U., 2023
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN de la edición impresa: 978-84-301-2188-5

Depósito legal: S. 439-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
Tiempo de Adviento	11
Tiempo de Navidad	33
Tiempo ordinario	47
Tiempo de Cuaresma	83
Semana Santa	121
Tiempo de Pascua	129
Tiempo ordinario	173
<i>Índice de pasajes bíblicos</i>	341

PRESENTACIÓN

La Palabra de Dios cada día 2024 se abre con el icono del árbol de la vida. Este icono se encuentra en la iglesia de Sant'Egídio, delante del ambón, como si presidiera la asamblea que allí se congrega o como si orientara la oración personal de quien entra. Todo empezó con aquella Palabra. Y la Palabra lo sostiene y lo orienta todo. Escuchar la Palabra de Dios sigue uniéndonos, del mismo modo que la vid mantiene unidos y vivos los sarmientos, según la parábola narrada por Jesús (Jn 15, 17).

El icono nos muestra a Jesús en el medio, como el tronco de la vid. De este tronco brotan los sarmientos y en cada sarmiento está sentado un apóstol con el Libro abierto. Jesús comenta la parábola con estas palabras: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos» (Jn 15, 7-8).

El mismo Jesús es un sostén en nuestra oración de cada día –para la que estas páginas quieren ser una ayuda– e insiste en que oremos, pues nos asegura: «Pedid lo que queráis y lo conseguiréis». La necesidad de orar es una de las lecciones más claras y repetidas de Jesús a sus discípulos. Sabe que lo necesitamos. Y nos asegura que el Padre que está en los cielos nos escucha. Siempre. Sobre todo si la oración la hacemos en común: «Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18, 19). Juan Crisóstomo, el gran arzobispo de Constantinopla, nos lo recuerda con gran sabiduría: «La necesidad lleva a rezar para uno mismo; la caridad estimula a rezar por los demás. Pero a Dios le place más la oración hecha por caridad». Karl Barth tenía razón: Dios no actúa del mismo modo si rezamos o si no rezamos.

La Palabra de Dios cada día 2024 –asociada al ritmo de la oración de la Comunidad de Sant’Egidio, que sigue el compás del año litúrgico de la Iglesia latina– acompaña la vida de cada día, caracterizada por los ritmos apresurados de la ciudad moderna con una organización semanal del tiempo. Por eso los días feriales siguen esquemas de oración fijos que llevan al domingo, convertido así en el «culmen» de la semana pasada y en la «fuente» de la que está por empezar.

El *lunes* vemos el rostro del Señor en el de los pobres, los débiles y los enfermos. La oración vespertina recuerda este día a los pobres, aquellos a los que encontramos a lo largo del día y los que están lejos, que a veces son países enteros que sufren. Todos son presentados al Señor para que los consuele y los libre del mal.

El *martes* la oración está acompañada por María, madre del Señor. Todos podemos aprender de ella, la primera de los creyentes, a «conservar en el corazón» (Lc 2, 51) lo que escuchamos y a dar gracias al Señor, que dirige su mirada a los humildes.

El *miércoles* las Comunidades de Sant’Egidio esparcidas por el mundo rezan las unas por las otras y por toda la Iglesia. Todas se alegran por la comunión de amor que el Señor da a sus hijos e hijas. La oración letánica con los santos del cielo, a los que se invoca con su nombre, acompaña nuestro camino por el mundo con la alegría de los salvados.

El *jueves* la oración recuerda a todas las Iglesias cristianas, las de Oriente y las de Occidente, para que crezca la comunión entre los creyentes en Cristo y la transmisión del Evangelio se extienda hasta los confines de la tierra.

El *viernes* recordamos la cruz del Señor. De ella brota la salvación. El cruce entre las bienaventuranzas evangélicas y la narración de la pasión impulsa a contemplar la riqueza de la cruz, que es anuncio de la muerte del egoísmo y, al mismo tiempo, de la victoria del amor por los demás.

El *sábado* es el día de la vigilia y de la espera de la resurrección del Señor. Cantamos delante de la tumba de Lázaro muerto para que sea liberado de las vendas. Él condensa el grito de auxilio que proviene de todas las partes del mundo. Pedimos a Dios que intervenga para librarnos a todos de las vendas del pecado y salvarnos con su misericordia.

El *domingo* abraza los días pasados y los orienta hacia el domingo eterno, día sin ocaso, cuando todos estaremos en la casa del Padre. Junto a los ángeles, los discípulos reciben desde ahora la gracia de cantar el Trisagio, que cierra la *Oración de la luz*.

En el calendario hay fiestas o motivos de conmemoración que prevalecen sobre los tiempos ordinarios y modifican el orden de las oraciones durante la semana. Cuando se conmemora a los apóstoles se sigue la *Oración de los apóstoles*. La *Oración del Espíritu Santo* nos acompaña en el tiempo de Pentecostés. La *Oración con los mártires* nos recuerda el ejemplo de aquellos que en el pasado y aún hoy dan testimonio de su fe en el Señor hasta derramar su sangre. La comunidad que lo desee puede utilizar la *Oración del día del Señor* en los días festivos. El tiempo de Navidad y el de la semana de la Pascua tienen esquemas de oración específicos.

Desde hace unos años, en las Comunidades de Sant'Egidio de todo el mundo se da especial importancia a la *Oración por los enfermos* y a la *Oración por la paz*, que se celebran una vez al mes. En la basílica de Santa María de Trastévere de Roma, el primer lunes de cada mes se celebra la *Oración por los enfermos* y el tercer lunes la *Oración por la paz*. En la *Oración por los enfermos* se presentan al Señor los nombres de los enfermos, que se escriben en un papel y se depositan sobre el altar, al mismo tiempo que se encienden velas que se colocan en dos candelabros a ambos lados del altar. En la *Oración por la paz* se proclaman en voz alta los nombres de los países en guerra, y para cada uno de ellos se enciende una vela en dos candelabros a ambos lados del altar. Vivir estas dos oraciones cada mes —y procurar difundirlas— significa obedecer el mandamiento de Jesús de rezar con un mismo espíritu y sin desfallecer, porque «para Dios nada hay imposible».

Es hermoso pensar que la universalidad de la Comunidad y de quien se une a ella en la oración de la tarde hace realidad una oración continua que se eleva al cielo de Oriente a Occidente sin interrupción. La posibilidad de unirse vía internet desde cualquier lugar del mundo a la oración vespertina de Santa María de Trastévere es un don que refuerza la intercesión por el mundo, para que llegue pronto el reino de Dios.

TIEMPO DE ADVIENTO

Domingo 3 de diciembre: I de Adviento

Recuerdo de san Francisco Javier († 1552), jesuita, misionero en la India y Japón.

Is 63, 16b.17.19b; 64, 2-7; Sal 80 (79); 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

Con los días del Adviento la Iglesia quiere prepararnos para acoger al Señor que nace entre los hombres. Estamos tan centrados en nosotros mismos y en nuestras cosas que corremos el riesgo de darnos cuenta de la Navidad. No la del calendario, sino la del corazón. Sin la Navidad permanecemos como somos, seguimos dando vueltas alrededor nuestro. Hagamos nuestra la oración de Isaías: «¿Por qué nos dejaste errar, Señor, fuera de tus caminos, endurecerse nuestros corazones lejos de tu temor? Vuélvete, por amor de tus siervos... ¡Ah! Si rompieras los cielos y descendieses» (Is 63, 17.19). Una vez más: «Vuélvete, por amor de tus siervos». Necesitamos la Navidad. La necesita el mundo entero: los países aplastados por la guerra, los pobres, los débiles, los niños. La necesitan los refugiados, los presos, los enfermos, los ancianos solos. La necesitan los que viven en las grandes periferias de nuestras ciudades convertidas en auténticos desiertos de amor y de vida. Es fácil extraviar el sentido de la espera cuando nos domina nuestro yo.

El tiempo de Adviento nos hace elevar los ojos a lo alto y abrir el corazón a la espera del Señor: «Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento» (13, 33). Jesús nos pide ser como un portero que vigila toda la noche para que no ocurra que el señor regrese, llame a la puerta y el portero duerma. Aunque sea de noche –la noche de tantas situaciones tristes del mundo–, el portero debe velar y abrir en cuanto el señor llame: puede suceder por la tarde o a medianoche, o en el canto del gallo o a la mañana. Es una similitud singular pero clara. Es fácil dormirse en el torpor dulce de pensar que ya hemos hecho mucho; como también es fácil dejarse sorprender por el sueño un poco

triste del pesimismo; de esa acedia por la que no vale la pena hacer nada, o también por el sueño agitado y siempre insatisfecho de la afirmación de uno mismo. La Palabra de Dios nos despierta. Por eso en este tiempo debemos escucharla cada día. Y especialmente en la liturgia del domingo.

La Palabra nos mantiene despiertos –como el portero del Evangelio– para que abra de inmediato la puerta –no solo la del corazón– cuando el Señor llame: puede ser un hermano, una hermana, un pobre, un extranjero, un amigo que está en la necesidad y que quizá es también inoportuno. En toda ocasión es el Señor mismo quien llama. La vigilancia del discípulo, por tanto, no es una vigilia activa, sino una acogida como estilo de vida.

ORACIÓN DEL DÍA DEL SEÑOR

Lunes 4 de diciembre

En la basílica de Santa María de Trastévere se reza por los enfermos. Recuerdo de san Juan Damasceno, padre de la Iglesia y monje, que vivió en Damasco en el siglo VIII. Repartió sus bienes a los pobres y entró en un monasterio, en la laura de San Sabas, en las inmediaciones de Jerusalén. Oración por los cristianos de Siria. Mateo 8, 5-11. Vendrán muchos de oriente y occidente

Podríamos decir que este centurión que deja la casa para ir donde Jesús e invocar la curación es un hombre del Adviento: no se resigna a la enfermedad de su criado. No era un judío creyente y además era un ocupante militar, razones más que suficientes para no dirigirse a un maestro judío y pedirle ayuda. Pero la preocupación por aquel criado enfermo le empuja a salir para acudir donde Jesús. Sabía que Jesús es un hombre bueno y que basta con poner un poco de su corazón en esas manos para ser escuchado. Jesús lee esa preocupación y también él se conmueve; y va más allá de la petición del centurión: irá a la casa para curar al criado. Aquel centurión se da cuenta de que se encuentra ante un hombre extraordinario y comprende su pobreza y su pequeñez. Insiste que no es digno de que Jesús vaya a su casa. Quizá sabía que para los judíos ir a las casas de los paganos podía constituir una contaminación y no quería poner a Jesús en dificultad. Sin embargo, no duda de la bondad del Señor y he aquí que pronuncia esas espléndidas pala-

bras que la liturgia sigue poniendo en nuestros labios: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano». Jesús elogia su fe extraordinaria. Es un pagano, pero tiene una fe grande. En efecto, la fe no es pertenencia a un grupo, sino adhesión del corazón a Jesús. La fe es creer que las palabras de Jesús cambian la vida y los corazones. El criado enfermo se curó «en aquella hora», advierte el evangelista como para mostrar los efectos inmediatos de la fuerza de la palabra de Jesús. Si leemos bien esta página evangélica vemos que también el centurión es curado: en el encuentro con Jesús ha descubierto que es indigno, pero se ha confiado a Jesús y a su amor.

ORACIÓN POR LOS ENFERMOS

Martes 5 de diciembre

La Iglesia bizantina venera hoy a san Sabas († 532) «archimandrita de todos los eremitorios de Palestina».

Lucas 10, 21-24. El regreso de los setenta y dos

Volviendo donde Jesús por la tarde, los setenta y dos le cuentan los prodigios que habían podido realizar en medio de la gente. Mientras les escucha, Jesús también se alegra y confirma su experiencia: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo». Es la alegría que nace en la comunidad cristiana cada vez que comunica el Evangelio y se ve cómo retrocede el mal derrotado por la fuerza del amor. En realidad, es un auténtico poder que el Señor confía a sus discípulos de ayer y de hoy: «Os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño». Son palabras que no deberíamos olvidar jamás, como irresponsablemente hacemos muchas veces: el mal no puede hacer nada ante el bien suscitado por el Evangelio. De aquí la alegría de los discípulos de Jesús. Es grande ya sobre la tierra al ver que el mundo cambia. Pero será todavía mayor al saber que sus nombres están escritos en el cielo, es decir, en el corazón mismo de Dios. Esto significa que en todo gesto de amor ya está el cumplimiento o, si se quiere, el destino al que nos dirigimos: la plenitud del reino. En este momento, todavía conmovido por lo que había sucedido aquel día, Jesús eleva los ojos al cielo y da gracias al Padre, porque ha elegido confiar el secreto de su amor a aquellos

pobres discípulos que se han confiado a él. Es una oración dulce que brota del amor profundo que Jesús siente por el Padre y por aquellos discípulos. Después de haber rezado se dirige hacia esos setenta y dos y pronuncia una bienaventuranza que atraviesa los siglos: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!». También a nosotros se nos concede la gracia de «ver», de vivir con Jesús de forma directa participando en la vida de la comunidad de los creyentes.

ORACIÓN CON MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Miércoles 6 de diciembre

Recuerdo de san Nicolás († 343), cuyas reliquias se encuentran en Bari. Fue obispo de Mira, en Asia menor (la actual Turquía), y es venerado en todo Oriente. Recuerdo de todos los cristianos que viven en Oriente. Mateo 15, 29-37. Curaciones y multiplicación de los panes

Habiendo regresado a Galilea, Jesús sube nuevamente al monte. En el lenguaje bíblico, el lugar alto permite entrever la intimidad única entre el Hijo y el Padre, pero aquellos días se transforma en una especie de santuario donde llevar a los enfermos, a los pobres y los cojos para que sean acogidos y curados. El texto sugiere que todo aquello sucede durante tres días seguidos, casi sin interrupción. Al final es Jesús quien se conmueve y decide, después de haber alimentado sus corazones con el pan de la Palabra, alimentarles también con el pan material. A Jesús le interesa toda nuestra vida, tanto la del corazón como la del cuerpo. Los discípulos, sin embargo, muestran su insensibilidad ante la multitud y sus necesidades. Y cuando Jesús les hace darse cuenta de que hay que pensar en encontrar alimento, no saben hacer otra cosa más que expresar su resignación: no es posible en aquel lugar. Jesús, que nunca se resigna, les invita a buscar entre la gente si hay alguien que tenga pan. Es la segunda vez que se narra este milagro. Y tiene lugar en una región pagana –periférica podríamos decir– para mostrar que todos esperan el alimento de Jesús. Los discípulos encuentran solo siete panes. A diferencia de la narración de la primera multiplicación, el número de panes es siete, como después serán siete las cestas que recogen lo que sobra. Siete indica totalidad. Esta es la tarea que Jesús confía a su Iglesia, a sus discípulos. No es casualidad que sean siete los diáconos que serán elegidos para realizar el servicio a la

mesa. Jesús toma esos siete panes y los multiplica para todas aquellas cuatro mil personas presentes. Es un milagro que nace del amor apasionado de Jesús por aquella multitud cansada y hambrienta. Esta página evangélica nos invita a tener la misma compasión de Jesús por los débiles y por los pobres, para que también nosotros participemos en el milagro de la multiplicación del amor.

ORACIÓN CON LOS SANTOS

Jueves 7 de diciembre

Recuerdo de san Ambrosio († 397), obispo de Milán. Pastor de su pueblo, defensor de los pobres y de los débiles contra toda explotación, se mantuvo firme defendiendo a la Iglesia frente a la arrogancia del emperador. Mateo 7, 21.24-27. Cumplir la voluntad de Dios

Estas palabras cierran el discurso de la montaña, el primer gran discurso de Jesús en el Evangelio de Mateo. Al inicio encontramos una palabra fuerte: será digno del Reino solo aquel que «haga la voluntad del Padre» y no el que solo haya invocado el nombre del Señor. Estigmatizando la pasividad con que los cristianos de su tiempo participaban en la liturgia del domingo, porque no les comportaba ningún cambio en su vida cotidiana, Juan Crisóstomo decía: «¿Acaso creéis que el fervor espiritual consiste simplemente en venir continuamente a la celebración de la Divina liturgia? Eso no sirve para nada si no obtenemos algún fruto: si no sacamos ningún partido ¡es mejor quedarse en casa!». Y el significado de la expresión «hacer la voluntad del Padre» se explica varias veces en el Evangelio, como cuando Jesús afirma: «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día» (Jn 6, 39). La voluntad del Padre es que todos se salven. Jesús vino para eso y nosotros estamos llamados a realizar, con él, este sueño que claramente muestra el Evangelio. Las palabras de Jesús son clarísimas: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca», mientras que «todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena». El ejemplo continúa: llegó la lluvia, los ríos se desbordaron, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquellas dos casas; son las tempestades

de la vida que todos sufrimos. Pues bien, la primera casa, edificada sobre roca, resistió firme; la otra, edificada sobre arena, se derrumbó. Son dos imágenes eficaces: Jesús compara a los que escuchan el Evangelio y lo ponen en práctica con constructores. No se escucha el Evangelio como un ejercicio literario ni por un buen sentimiento. Es una palabra que se nos da para que construyamos nuestra vida sobre una base sólida y estable. Por eso Jesús invita a escucharla y sobre todo a ponerla en práctica.

ORACIÓN POR LA IGLESIA

Viernes 8 de diciembre: Fiesta de la Inmaculada Concepción de María

Gn 3, 9-15.20; Sal 98 (97); Ef 1, 3-6.11-12; Lc 1, 26-38

El pasaje del Génesis narra la historia de Adán y Eva que prefieren seguir la voz de la serpiente en vez de la de Dios. Este dramático relato desvela el misterio de ese pecado, llamado precisamente original, porque está en el origen del mal, también del mal de este tiempo. Es el pecado de un orgullo prometeico: «Seréis como dioses». Sí, el mal continúa desde siempre empujando a hombres y mujeres a la exaltación de sí mismos. Así nacen entre los hombres divisiones, injusticias, odios, destrucciones, conflictos y guerras. El tentador continúa insinuándose en los pliegues más profundos de los corazones de los hombres: se disuelven los lazos y se multiplican las divisiones. Pero he aquí María y su misterio que hoy contemplamos ya desde su concepción. Esta joven mujer –que evoca a la que aplastaría la cabeza de esa serpiente que empujó a Eva al pecado– ha sido preservada de la culpa original, de ese instinto de amor por uno mismo que hiere a toda persona. Con María se interrumpe la trágica cadena que lleva a los hombres y las mujeres a la violencia y a la muerte. Concebida sin esta culpa original, María comienza una nueva página en la historia humana, la de una amistad con Dios que es todavía más bella que la que vivían los progenitores que, en cualquier caso, tuvieron la gracia de recibir de Dios un vestido mientras salían del jardín para ir al frío de la historia. María ha sido graciada, debía acoger al Hijo de Dios en su seno y acompañarlo hasta el pie de la cruz. Sí, el amor del Hijo ha protegido a la madre. Este misterio de María, protegida del mal –y que hoy la

Iglesia nos hace contemplar-, no es ajeno al misterio mismo de la Iglesia, de la comunidad de los creyentes. El misterio del amor de Dios por su Iglesia dispersa por todo el mundo. Hoy, en el misterio de María, contemplamos el de la Iglesia, el de la comunidad de los creyentes. Aunque sus miembros sean pecadores, la Iglesia, como María, está llamada a escuchar la voz del ángel y a responder «sí». Y sentimos que también se dirigen a nosotros las palabras del ángel: «No temas, María... para Dios nada hay imposible».

ORACIÓN CON MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Sábado 9 de diciembre

Mateo 9, 35-10, 1.6-8. Compasión de Jesús. Misión de los Doce

Jesús sigue recorriendo las ciudades y aldeas «proclamando la buena nueva del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia». Así sintetiza Mateo la misión que Jesús mismo confía a toda comunidad cristiana. Y hay una palabra que de forma especial da razón de esta misión: compasión. Es un término que indica la conmoción de sus entrañas. Más que un sentimiento es un movimiento interior que nos mueve a salir de nosotros mismos para cambiar las situaciones. Es la compasión por aquellas muchedumbres extenuadas y abandonadas como ovejas sin pastor la que empujó a Jesús a hacerse su pastor. Y de esta compasión nace también la llamada de los discípulos y la misión que el Señor les confía. Esta página del Evangelio interroga a las comunidades cristianas sobre su compasión hacia las multitudes de hoy, hacia las periferias abandonadas, hacia los pobres que siguen creciendo en todo el mundo. Jesús escoge doce discípulos, tantos como las tribus de Israel, para que de ellos se forme un pueblo renovado por el Evangelio. Y gracias al Evangelio reciben el poder de cambiar los corazones, de derrotar el mal, de reunir y amar a los pobres, de llevar a todos la paz, de eliminar las injusticias y apresurar el reino de Dios. Y Jesús añade: «Gratis lo recibisteis; dadlo gratis». Es un mandamiento tan extraordinario como opuesto a la mentalidad materialista de nuestro tiempo. Los cristianos están llamados a redescubrir y testimoniar la gratuidad del don, que es parte esencial del amor evangélico.

ORACIÓN DE LA VIGILIA